

DEL ENCICLOPEDIISMO GRECOLATINO A LOS ISLARIOS HUMANISTAS. BREVE HISTORIA DE UN GÉNERO

José Manuel Montesdeoca Medina

RESUMEN

En estas páginas, hemos pretendido mostrar de un modo general el tratamiento que la tradición literaria ha dado al *motivo insular*, comenzando por los textos homéricos hasta desembocar en unas obras de temática propiamente insular, los *Islarios* (en italiano, *Isolarii*), que se compusieron hasta bien entrado el siglo XVIII. En este trabajo, hacemos hincapié en algunos textos y autores concretos que, según nuestra opinión, han sido determinantes en la formación de lo que denominamos «género insular».

PALABRAS CLAVE: tradición literaria. Insularidad.

ABSTRACT

The principal aim of this paper has been to describe generally the use that the literary tradition has given to the theme of *insularity* from the Homeric texts to some texts specific to insularity, the *Islarios* (*Isolarii*, in Italian) «island-books», that were written until well on into the XVIIIth C. In this work, we give special attention to some concrete texts and authors considered by us as fundamental to the development of what is called «island genre».

KEY WORDS: literary tradition. Insularity.

Es nuestro propósito en este artículo ofrecer al lector interesado, de manera breve y clara a la vez que precisa, una especie de itinerario literario cuyo motivo central será la *isla*. Partiendo de los primeros textos homéricos hasta llegar a la época del Humanismo, atravesando la literatura grecolatina clásica así como la medieval, hemos concebido este trabajo como una introducción a lo que esta temática ha supuesto en la tradición literaria occidental. Como es evidente, el tema insular es vastísimo ya desde la propia literatura griega, así encontramos islas de carácter escatológico, míticas o utópicas al lado de otras flotantes, paradisíacas o imaginarias, descritas con tenues trazos o, por el contrario, con todo lujo de detalles, concibiendo en su menguado territorio tanto una sociedad perfecta y civilizada en consonancia con la naturaleza como, en el otro extremo, un mundo inhóspito habitado por seres deformes e irracionales. Por ello, es imposible abordar tan ingente asunto, agotando



todos los tratamientos posibles, en un trabajo como éste, destinado exclusivamente a dar una visión, lo más fiel y escueta que podamos, de la «fortuna» literaria de nuestro motivo en el transcurso de los más de dos mil años que separan a la *Iliada* de los islarios humanistas. Bien sabemos, por otro lado, que sólo se trata de un granito de arena en el inmenso solar de los estudios filológicos, sin embargo, nos sentiríamos satisfechos únicamente con saber que ha podido servir para que el estudioso, o simplemente el lector curioso, de los textos grecolatinos clásicos y medievales, al tropezarse con una isla, vea en ella algo más que una porción de tierra rodeada de agua por todos lados.

Si tomáramos como punto de partida para nuestra historia las *Etimologías* del español del siglo VI de nuestra era Isidoro de Sevilla, nadie nos podría tachar de poco rigurosos, pues no en vano el capítulo sexto del libro XIV se considera la exposición más sistemática de geografía insular de la Antigüedad. Pero, a la vez, entendemos que para llegar a alcanzar este punto, se ha tenido que ir forjando a lo largo de los siglos una literatura en donde la isla ha ido encontrando, de manera paulatina y constante, un lugar destacado en este mundo. Y esto ocurrió en Grecia, como no podía ser menos, dado el carácter eminentemente insular de su cultura¹. La figura de Isidoro de Sevilla nos servirá como referente o eje central sobre el cual girará toda la exposición.

1. En efecto, ya la *Iliada* aparece salpicada por algunas islas que luego se convertirán en verdaderos «lugares comunes» del género insular, como es el caso de el amor en una isla (*Il.* 3,441-446), el abandono en una isla (*Il.* 2,721-723) o unas islas lejanas donde se venden esclavos (*Il.* 21,453-454). Son tópicos utilizados por las literaturas de todas las épocas y tiempos, incluso hoy en día sirven de reclamos a la hora de ganarse al ingenuo turista en las agencias de viaje. Pero es en la *Odisea* donde, sin duda, ejerce una asombrosa fascinación tanto la realidad geográfica insular, como su facilidad para crear idealizaciones. Sobre la importancia de la insularidad en esta obra, mucho se ha escrito, pero no estaría de más recordar que se trata, en esencia, de un viaje marítimo, un periplo aventurero, el de Odiseo y sus compañeros, a través de un mundo, el mediterráneo, donde proliferaban un sinfín de islas, fácilmente identificables o de confusa localización, familiares y cercanas unas, extrañas y accesibles sólo a la imaginación otras. Entre ellas nos encontramos con islas como la idílica Ogigia (isla de Calipso), Esqueria o isla de los feacios, que se suele identificar con la antigua Corcira (actual Corfú), la mítica Eea o isla de la maga Circe, a la que algunos no han dudado en ubicar magistralmente a mitad de camino del Más Allá²,

¹ Cf. VILATTE, S., *L'insularité dans la pensée grecque*, Centre de Recherches d'Histoire Ancienne, 106, Besançon 1991. Sobre la temática en general recomendamos: MARIMOUTOU, J.C.-RACAULT, J.M. (eds.), *L'insularité. Thématique et représentations*, París 1995 y TOMÉ, M., *La Isla. Utopía, Inconsciente, Aventura. Hermenéutica simbólica de un tema literario*, León 1987.

² GARCÍA GUAL, C., *Mitos, viajes, héroes*, Taurus, Madrid 1981, p. 36.

la isla de las encantadoras Sirenas, situada por Homero en algún punto entre la isla de Circe y la morada de Escila y Caribdis, la de los temibles Cíclopes, o también la isla de Eolo, cuna de los vientos³; otro grupo importante de islas, en el que predomina la descripción de un paisaje ideal, es el formado por Creta, Faros, Asteris, Laquea o Siria, descrita esta última por el porquerizo de Odiseo, Eumeo, y símbolo de la patria perdida para siempre⁴. No nos olvidamos de Ítaca⁵, tierra natal del protagonista, evocada constantemente con nostalgia, que representa la isla del retorno, de la anhelada vuelta al hogar del héroe y del marido⁶.

Después de Homero es HESÍODO, autor del s. VIII a. C., quien toma el testigo de este tipo de descripciones. Aunque no destaquen sus escritos por el número de islas citadas (alrededor de quince), algunas de ellas aparecerán por primera vez en sus obras, así pues se le puede considerar el «padre» de islas como Eritea, donde habitaba el monstruo Gerión, muerto luego por Heracles, tras robar sus bueyes como se relata en su décimo trabajo (*Teog.* 290-293), si bien será el poeta lírico Estesícoro (primera mitad del s.VI a.C.) en su *Gerioneida* el que proporcione a esta historia un mayor desarrollo; las Islas de los Bienaventurados (*Trab.* 167-173)⁷, ligadas al mundo escatológico por ser el primer territorio insular designado como dichoso o afortunado y concebido como morada de las almas o de los héroes; también nos hacemos eco de la mención a la isla Antemusa (fr. 27) que, aunque Homero hablara de una isla de las Sirenas —como ya hemos visto— es aquí donde se designa con un nombre más concreto. Por otro lado, nos resulta curiosa una noticia autobiográfica en la que Hesíodo afirma que su único viaje por mar fue a la isla de Eubea con motivo de la celebración de los juegos del belicoso Anfídamente (*Trab.* 651 ss.). En general, vemos cómo las islas hesiódicas están estrechamente relacionadas con el mito; son islas que podemos catalogar como «míticas» pues en ellas ocurren algunos episodios de la vida de dioses o héroes, por ejemplo, Chipre o Citera, vinculadas a Afrodita (*Teog.* 192 ss.), Cos, donde Posidón se unió con la mortal Mestra (fr. 43 a, 57 y 66), Delos, sede de Apolo (fr. 357,1), o Salamina, la isla del aguerrido Ajax (fr. 204,44). En este sentido, allá por el siglo XII de nuestra era, el filólogo bizantino Juan Tzetzes en su comentario a Hesíodo sintetiza muchas cuestiones relacionadas con las islas, como el de las islas en el Océano⁸.

³ *Od.*, VII, 254 ss.; VI, 8 ss.; X, 135 ss.; XII, 166 ss.; IX, 165 ss.; X, 1 ss.

⁴ *Od.*, XIX, 171 ss.; IV, 355 ss.; XI, 116 ss.; XV, 403 ss.

⁵ *Od.*, XIII, 236 ss.

⁶ Cf. GÓMEZ ESPELOSÍN, F.J.-PÉREZ LARGACHA, A.-VALLEJO GIRVÉS, M., *Tierras fabulosas de la Antigüedad*, Universidad de Alcalá de Henares 1994, pp. 107-151; DURÁN LÓPEZ, M^a de los Ángeles, «Islas y más islas en la literatura griega», en D. Villanueva-F. Cabo (eds.), *Paisaje, juego y multilingüismo*, vol. 1, Santiago de Compostela 1996, pp. 263-275.

⁷ Cf. MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, M., *Canarias en la Mitología, Historia mítica del Archipiélago*. Centro de la Cultura Popular Canaria, Santa Cruz de Tenerife 1992, pp. 57-71; del mismo autor, «Las islas de los Bienaventurados: historia de un mito en la literatura griega arcaica y clásica» en *Cuadernos de Filología Clásica*, 9 (1999), pp. 243-279.

⁸ Cf. GAISFORD, Th., *Poetae Minores Graeci*, II, 1823.



De esta misma época son los llamados *Himnos homéricos* cuyas piezas más antiguas se remontan al siglo VIII o VII a. C. Dentro de una antigua tradición de poesía de catálogo, el tema de los recorridos geográficos ocupa un lugar destacado en estos himnos, especialmente en el dedicado a Apolo, que en los versos 30-40 describe un escenario eminentemente insular por el mar Egeo, en el momento en que Leto, a punto de dar a luz a su hijo, recorre algunas islas como Creta, Egina, Eubea o Egas, entre otras, en busca de un lugar que acepte acogerla. Será la pequeña y rocosa Delos la única que le permita establecerse; así se entabla un diálogo entre la futura madre de Apolo y la propia isla, hecho que la convierte en la primera «isla parlante» de la historia de la literatura occidental (vv. 62 ss.); también merece la pena señalar la presencia de tres islas que no hallamos en Homero: Reneas, Paros y Gnido. No queremos eludir tampoco el bellissimo pasaje que el poeta PÍNDARO (518-*post* 446 a.C.) en su *Olímpica*, 54-72, nos cuenta a propósito de Rodas, a la que Zeus hizo surgir del fondo del mar por expreso deseo de Helios, que se convirtió en su soberano.

De hacia finales del siglo VI a. C. es el logógrafo HECATEO DE MILETO, principal exponente de la geografía científica surgida en las costas e islas de Asia Menor, de cuya obra, *Circunnavegación del mundo conocido*, sólo nos han llegado tres centenares de fragmentos, pero que nos permiten vislumbrar sus inquietudes corográficas, sobre todo, la gran influencia que ejerció en otro jonio universal, Heródoto, profundo deudor de aquél, pues sabemos que copió sus explicaciones sobre el cocodrilo, el hipopótamo, su definición de Egipto como el Delta o, en relación con nuestro tema, la descripción de la isla flotante de Quemis (Jacoby, *FGH* 305). Sobre éste trataremos a continuación.

Así es, HERÓDOTO (*ca.* 484-430 a.C.) en su *Historia* cita un gran número de islas —casi todas las islas más importantes del Egeo y Asia Menor, y algunas de las más conocidas del Mediterráneo occidental y norte de África— de las que cabe destacar: la isla Quemis, que a decir de los egipcios era flotante⁹ para lo cual aducen una historia que explica su flotabilidad, si bien nuestro autor no termina de creérsela (II, 156 ss.); la isla de Samos, que aquí es símbolo de la libertad dentro del pensamiento político griego. Posteriormente, autores como Tucídides retomarán este concepto y valorarán las condiciones políticas y estratégicas de la insularidad; esto no nos debe resultar extraño, pues la importancia estrategico-política de las islas ha sido y sigue siendo uno de los ejes fundamentales de las políticas exteriores de cualquier país o imperio. Otras islas significativas en los escritos de Heródoto son las Casitérides o islas del estaño, de las que, según nuestro historiador, no tiene noticias de su existencia (III, 115); también habla de Tacompo (II, 29), Tasos, cuya fundación se atribuía a los fenicios (II, 44 y VI, 47), Zacintos, donde se encontraba un lago del que se extraía excelente pez, según él mismo ha visto (IV, 195), la líbica Platea (IV, 150 ss.), colonizada por los isleños de Tera, o Naxos y su envidiable poderío y prosperidad (v, 31).

⁹ Una historia de este tipo de islas la hallamos en MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, M., «Islas flotantes», en Nilo Palenzuela (ed.), *Las islas extrañas. Espacio de la imagen*, Las Palmas de Gran Canaria 1998, pp. 47-67; BALLABRIGA, A., *Le soleil et le Tartare. L'image mythique du monde en Grèce archaïque*, París 1986, pp. 35 ss.

Algunos años más tarde aparece la figura de JENOFONTE (ca. 430-359), quien en su obra histórica, en concreto en las *Helénicas* (en la *Anábasis* casi no aparecen), nos ofrece testimonios de casi una treintena de islas del mar Egeo y del Jonio, muchas de las cuales pudo conocer *in situ* si nos atenemos a los datos de su biografía, de carácter marcadamente viajero. Sin embargo, es en el opúsculo *La República de los atenienses*, de dudosa atribución, donde hay una clara alusión al hecho de que si el Ática fuera una isla, no sería saqueada ni temería los ataques enemigos (cf. Tucídides I, 143,5, quien pone en boca de Pericles la estrategia de utilizar la flota como si de una isla se tratara, para ponerse a salvo, abandonar el territorio a merced de los lacedemonios y no arriesgar vidas). En resumen, se expone la idea de que lo único que les falta a los atenienses para convertirse en invencibles es ser isleños; finalmente, se propone actuar como verdaderos isleños (II, 4,14-16). Creemos que ésta es una interesante aportación al concepto insular, ante todo, en su vertiente político-filosófica¹⁰. Además, en el capítulo V, dedicado a la liebre, de su obrilla *De la caza*, brinda datos de tipo cinegético propios de una isla, como son la mayor cantidad de liebres existentes en una isla con respecto al continente, especialmente, a causa de la escasa o nula población de depredadores y de seres humanos. También alude a la prohibición de cazar en una isla sagrada (V, 24-25).

Al parecer fue EUDOXO DE CNIDO (ca. 408-355 a.C.), discípulo de Platón y estudioso de amplio espectro, el primero que hizo mención especial a las islas en su *Contorno de la Tierra*, al que posteriormente siguieron otros geógrafos como Agatárquides de Cnido, Agatémero, etc. Este tratado ocupaba siete libros: del libro IV al VII hablaba sobre Europa e islas de la ecúmene. Un historiador, éste ya del siglo III a. C., AGATOCLES DE CÍCICO, en uno de los pocos fragmentos que nos han llegado de su obra, relata la fundación «mítica» de la islita de Bésbicos, cerca de Cícico, a manos de Perséfone, como un episodio de la *Gigantomaquia* (cf. Esteban de Bizancio, s.v. *Bésbikos*), aunque el primero que nos describe la formación de islas a partir de unas piedras arrojadas por los gigantes al mar es Duris de Samos en el siglo IV a.C. (Jacoby, *FGH* 87).

Pero es CALÍMACO DE CIRENE (ca. 305-240 a.C.), según las noticias que tenemos, el iniciador del tipo de estudios que nos ocupa. En efecto, Calímaco, erudito y poeta helenístico de asombrosa fecundidad y amplitud de temas, escribió una obra, de la que sólo sabemos el título gracias a la Suda, llamada *Fundaciones de islas y ciudades y sus cambios de nombre*, probablemente entroncada con las célebres *ktíseis* o historias de fundaciones de ciudades e islas, de larga tradición (Jenófanes, Cadmo de Mileto, etc.; luego, en época helenística, despunta Apolonio de Rodas). El de Cirene en su *Himno a Delos* dedica unos versos al origen mítico de las islas, representadas como piedras arrojadas por los dioses (vv. 29-35). Conocemos también a un discípulo de Calímaco, FILOSTÉFANO DE CIRENE (s. III a.C.) al que se le atribuye la autoría de un *Sobre islas*, título que de nuevo utilizarán autores posterior-

¹⁰ Cf. DE ROMILLY, J., *Thucydide et l'impérialisme athénien*, París 1947, p. 105; MOSSE, C., «Athènes comme île», en F. Létoublon (ed.), *Impressions d'îles*, Toulouse 1996, pp. 95-101.





res casi desconocidos como Jenágoras o Filóstrato¹¹. Otro erudito y director de la Biblioteca de Alejandría, ERATÓSTENES (ca. 285/80-ca. 194 a.C.) menciona en sus *Catasterismos*, 31, a unas míticas Islas de Atlas, en relación con la ayuda que los delfines le prestan a Posidón en su boda con Anfitrite.

Contemporáneo y, al parecer, discípulo de Calímaco es APOLONIO DE RODAS, quien en sus *Argonáuticas* da muestras de la importancia que ya ha adquirido el motivo insular en la literatura griega, tanto por el numeroso elenco de islas citadas (en torno a las cincuenta, la mayor parte en el libro IV), como por la relevancia de muchas de ellas en la narración¹². Es Apolonio el que hace la distinción entre el paso de las Simplégades o Cianeas en el Bósforo (vid. Pind. *Pit.* IV, 207-211) y el de las Planctas en Sicilia (IV, 920-963; cf. *Od.* XII, 59-72); le da el nombre de Ninfea (IV, 573) a la isla de Calipso y a la de los feacios, Drépane, mientras que, como dijimos antes, Homero las llamaba Ogigia y Esqueria respectivamente (recuérdese que Apolonio debe mucho a la *Odisea*, especialmente en el viaje de vuelta de la Argo por el Mediterráneo occidental, que evoca escenarios homéricos); ofrece una explicación sobre el origen volcánico de la isla Calista «la más bella» (=Tera) y su cambio de nombre (IV, 1755 ss.); la isla de Ares y el encuentro con los hijos de Frixo, a la que consideraríamos más bien una «isla encantada», pues lo llamativo de ella es la crianza de unas aves que arrojan sus plumas como dardos contra los visitantes (II, 1030-1227); por último, resalta la importancia de la isla de Lemnos en el relato a causa de los acontecimientos ocurridos allí (I, 609-626 y 793-826) o el cambio de nombre sufrido por la isla que antes se llamaba Tinia y que pasa a denominarse de Apolo Matutino (II, 670 ss.). Fue también Apolonio un gran cultivador del género de las fundaciones, cuyo interés había crecido considerablemente en esta época; en este capítulo, redactó verdaderas monografías insulares dedicadas a Lesbos, Rodas o Cnido, de las que conservamos algunos fragmentos. Al hilo de las antedichas *Argonáuticas* y de forma testimonial, podríamos hacer referencia a otras *Argonáuticas*, las *órficas*, obra anónima de mediados del s. V de nuestra era, en la que se describe el origen de muchas islas como la mítica Isla de Deméter (vv. 1186 ss.; cf. Str. IV, 4,4) o las de Cerdeña, Chipre, Eubea, etc. (vv. 1276-1283).

Todavía en pleno siglo III a.C. encontramos un tratadito adscrito al género paradoxográfico y falsamente atribuido a Aristóteles llamado *Rumores de cosas maravillosas* en el que se dan noticias fantasiosas, extraordinarias y exóticas la mayor parte, de más de veinte islas e islotes, además de tratar la temática habitual del género como las secciones dedicadas a animales, fuego, lugares, ríos y piedras. Tal vez son de especial relevancia los párrafos consagrados a islas como la de Diomedes (79[80]), clasificada como escatológica¹³ y atestiguada por vez primera en Íbico¹⁴,

¹¹ Cf. *RE*, XIX, pp. 1725-42.

¹² Para la geografía de esta obra, cf. la ya clásica de DELAGE, E., *La géographie dans les Argonautiques d'Apollonios de Rhodes*, París 1930.

¹³ Cf. MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, M., «Las islas poéticas en la literatura greco-latina antigua y medieval», en R.M. Aguilar-M. López Salvat-I. Rodríguez Alfageme, *Charis Didascalias. Homenaje a Luis Gil*, Universidad Complutense, Madrid 1994, p. 444.

¹⁴ Cf. Schol. Pind. *Nem.* x, 12, III 167-8.

aunque sería Timeo quien elaboraría la leyenda de manera más sistemática y Estrabón (v, 1,9) el encargado de transmitírnosla; la isla desierta en el océano sobre la que se han escrito ríos de tinta, y cuya primera referencia la encontramos aquí, si bien fue Diodoro Sículo quien le confirió mayor entidad al pasaje (v, 19-20). Es más que probable que ambos textos tuvieran una fuente común que bien podría ser Timeo. Otras islas célebres como las Eléctrides, Lípara, Pitecusas, Demoneso, Gadir, etc. tienen cabida en este escrito que, sin duda, es el más amplio y completo llegado hasta nosotros sobre este tipo de literatura de *mirabilia*.

En este punto, haremos un largo inciso para abordar un conjunto de obras pertenecientes al *corpus periplográfico*¹⁵ que, ya por su contenido preferentemente geográfico, casi siempre fruto de la especulación, ya por la larga historia del género (aproximadamente desde el s. IV a.C. hasta mil años después), manifiestan abiertamente su carácter insular con sólo hojear algunos pasajes. No es nuestra intención realizar una exhaustiva selección de textos y autores de esta clase de literatura, pero sí pasar lista a los más representativos, siempre desde una perspectiva claramente insular. Iniciaremos este apartado con un comentario al *Periplo* que la tradición ha venido atribuyendo a un PSEUDO-ESCÍLAX (mediados del s. IV a.C.) y que entraña muchos problemas de interpretación, ajenos al propósito de este trabajo. De entrada, presenta el aspecto de un viejo periplo que recorre las costas mediterráneas desde la parte europea del Estrecho de Gibraltar hasta volver al mismo punto pero en la costa africana, por lo tanto, describe los tres continentes conocidos en la época: Europa, Asia y Libia, sin adentrarse casi en las tierras del interior. Es quizá por ello que el número de islas que cita, unas ochenta, nos parezca algo exagerado; sin embargo es poca la información que proporciona sobre cada una de ellas y, en resumen, sigue un esquema básico sería:

- 1) Situación.
- 2) Ciudades y puertos que posee.
- 3) Distancia al continente o a otra isla, utilizando la navegación como medida.
- 4) Dimensión.

La mayor parte de las islas citadas las ubica en Europa, entre las que resaltan Creta y las Cícladas por las relativamente amplias noticias suministradas (47, 48 y 58); la referencia a una llanura Eritea (26) en el Epiro, testimonio paralelo tal vez al de la occidental isla Eritía, aunque sabemos gracias a Arriano que ya Hecateo localizaba el lugar en estas regiones del Epiro; e incluso el ejemplo de Leuca o isla Blanca (68), desierta y consagrada a Aquiles, de profunda raigambre mítica. Cuando habla

¹⁵ Hemos utilizado para todas estas obras la magna edición de MÜLLER, C., *Geographi Graeci Minores*, París 1855-61. Muy útil también han sido: GÓMEZ ESPELOSÍN, F.J.-GARCÍA MORENO, L.A., *Relatos de viajes en la literatura griega antigua*, Alianza Editorial, Madrid 1996 y GONZÁLEZ PONCE, F.J., «El corpus periplográfico griego y sus integrantes más antiguos: épocas arcaicas y clásicas», en A. Pérez Jiménez-G. Cruz Andreotti (eds.), *Los límites de la Tierra: el espacio geográfico en las Culturas Mediterráneas*, Ediciones Clásicas, Madrid 1997, pp. 41-75.





de Asia, descollan los nombres de la isla de Ares (86; cf. Apol. Rh. II, 1134-1139 o Mela II, 98, quienes relatan su historia), a la que sólo menciona de pasada, y de Ténedo (95), de donde dice que es el astrólogo de finales del s. VI, Cleóstrato; es más, dicha isla, como sabemos, jugó un papel fundamental en la saga troyana ya que de allí surgieron las serpientes con las que fue castigado Laocoonte y sus hijos. En el tercer apartado, dedicado a Libia, hay que reseñar el tratamiento empleado para describir la isla de Braquión (110) (actualmente, isla de Yerba), de la que se dan bastantes datos, y la primera mención literaria de una isla, localizada en los confines del mundo, que constituyó un constante problema para la geografía antigua, la legendaria Cerne (112). Nos dejamos en el tintero muchas otras que a estas alturas ya formaban parte del universo insular de los griegos: Gadir, Corcira la Negra, Cirno, Etalía, Equínades, Faros, etc.; por otro lado, al final de la obra se dedica un pequeño capítulo a la enumeración de las veinte islas mayores del mundo conocido.

Otro de los periplos que han sobrevivido hasta nuestros días, gracias a los resúmenes del patriarca Focio por un lado y a la labor epitomizadora de Diodoro Sículo, Artemidoro de Éfeso, Estrabón y Plinio el Viejo por otro, es el titulado *Sobre el Mar Eritreo* del isleño AGATÁRQUIDES DE CNIDO (s. II a.C.). Mucho se ha discutido sobre cómo identificar esta obra (geográfica o histórica), con todo, una buena porción de los estudiosos modernos han preferido considerar la obra como un tratado geográfico, y como tal aparecen en ella referencias e informaciones de más de diez islas de las costas descritas: la isla de Eritra (5) y la curiosa historia de un valeroso persa, Eritra, que llegó a sus desiertos litorales y dio nombre al mar; la isla de Macaría (80; cf. Ptol. 4,7,37), las islas de los «Comedores de tortugas» en el Océano (47), la inaccesible Ofiodes o isla de las serpientes (82), donde se produce el topacio que provocará la muerte de todos cuantos naveguen hacia ella a manos de los soldados allí apostados, lugar que Agatárquides aprovechará para exponer de modo dramático su teoría sobre los funestos efectos de la Civilización sobre el hombre; por último, unas islas afortunadas (103), repletas únicamente de ganado blanco y en donde a ninguna bestia hembra le crecen cuernos, localizadas en el mar Eritreo, hecho este último que no nos debe extrañar demasiado, pues es probable que se deba a la fundamental simetría que dominaba la teoría exoceánica helenista. Un comerciante griego de Egipto, cuyo nombre desconocemos, en el s. I d.C. decidió poner por escrito sus andanzas en un manual práctico de navegación por los mares del sur de la ecúmene, a fin de servir como guía adecuada para comerciantes, al cual se ha venido llamando *Periplo del Mar Eritreo*. A lo largo de todo el texto nos encontramos con una veintena de islas del Mar Rojo y de la India; de algunas de ellas, quizá las más afamadas, se proporciona amplia y valiosa información, por ejemplo, de la isla Menutia (probablemente la actual Zanzíbar), la Dioscúrides (Socotra), la de Sarapis o la legendaria Taprobane (15, 30, 33 y 61), con abundantes descripciones de la flora, fauna y productos naturales apropiados para el comercio. En este sentido, sabemos que esta obra constituye una de las fuentes más importantes para el conocimiento del consumo en el mundo romano, y muchas de las islas citadas albergan las principales factorías de concha de tortuga —tan apreciada en la Antigüedad—, de piedras preciosas y de guano, como se alude en la isla de las Aves u Orneon (27).

Del s. II d.C. es el *Anaplo del Bósforo Tracio* de DIONISIO DE BIZANCIO, autor aticista, próximo a la Segunda Sofística, muy influenciado por Heródoto y Tucídides.

Este *Anaplo*, del que poseemos una ajustada versión latina del s. XVI a cargo del francés P. Gilles, contiene notas y descripciones de ciento cincuenta poblaciones sitas en las costas europeas y asiáticas del Bósforo Tracio, además le dedica algunos apartados a las islas del Bósforo: Simplégades, Prota, Oxia, Platy, Chalcitide, etc. (99-101). Luego será MARCIANO DE HERACLEA en su *Periplo del Mar exterior, oriental y occidental, y de las más grandes islas que hay en el mismo*, de fecha incierta (entre el s. II y s. VI d.C.), quien centre su atención, sobre todo en la descripción física de los lugares: distancias, dimensiones y localizaciones. En torno a las veinticinco islas aparecen en este texto, aunque los datos son excesivamente parcos. Nos tropezamos con islas como Gadeira, final de la costa de Europa, Tule, límite septentrional de la ecúmene, Taprobane, las dos islas Británicas (Albión e Ivernia) o un pequeño pasaje destinado a las islas mayores. Entre los siglos I y II d.C. escribió AGATÉMERO su *Sumario de Geografía*, donde pasa revista a los principales diseñadores de la cartografía griega e incluso se elabora la primera catalogación del género de periplos. En esta relevante obra de dicha producción muy poco espacio se le dedica al motivo insular, tan sólo un apartado que habla sobre el tamaño de las islas. A continuación, el conocido autor de la *Anábasis*, ARRIANO DE NICOMEDIA (s. I d.C), gobernador y amigo del emperador Adriano, compuso un pequeño tratado sobre el mar Negro titulado *Periplo del Ponto Euxino*. Lejos de ser un ejemplo más de los tradicionales periplos, posee dos elementos diferenciadores: el hecho de estar redactado en forma de carta y el uso de la primera persona en la narración. En cuanto a nuestro tema, la obra se limita a mencionar unas pocas islas como Apolonia, la de los cílices, Aretíada, etc. (18, 23 y 24), pero, a pesar de contener poca información insular, es digna de aparecer en esta historia por el sólo hecho de ofrecernos un extenso e interesante examen de la mítica isla de Aquiles o Blanca (32-34). En efecto, ésta, situada frente a la desembocadura del Danubio, simboliza aquí el carácter sagrado de la relación entre Adriano y su favorito, Antínoo, quien había muerto ahogado en el Nilo. Arriano sutilmente trataba de propiciar, a través de dicha isla y los recuerdos emotivos que provocaba en Adriano, el interés de éste hacia el mar Negro¹⁶. Al mismo tiempo, Arriano en su *Indiká* (31) describe una isla encantada consagrada al Sol, Nosala, de donde procede la raza de los ictiófagos.

Por último, trataremos de la obra más significativa, desde el punto de vista insular, de la literatura de periplos de esta época. Aludimos a la *Descripción de la tierra habitada* de DIONISIO PERIEGETA (época de Adriano), quien ya en su concepción de las tierras habitadas adopta la teoría vigente en la Antigüedad de la tierra como una isla. Después, y durante toda la obra, no deja de hacer referencia a islas como Cirno, Creta, de las Golondrinas, Cerne, de Pélope, etc. Pero nos interesa sobremanera los versos 450-619, que encierran precisas descripciones de islas comenzando por Gadira (occidental) y acabando por Ícaros (oriental); con todo, opinamos que, tanto estas descripciones como la ubicación y organización en un lugar

¹⁶ Sobre esta isla se habla también en HDT., IV, 55; FILOST., *Her.* 746; PAUS., III, 19, 12; II, 5, 22 o DION. PER., 542.





determinado de la composición, hacen que este trabajo deba considerarse un paso adelante en el tratamiento del motivo que nos ocupa. Muchos siglos más tarde, pero estrechamente relacionada con esta obra, se dan a conocer los *Comentarios* de Eustacio, obispo de Tesalónica en el siglo XIII d.C., quien llevará a cabo la labor de parafrasear el texto del Periegeta, ofreciendo por ello una detallada y vastísima exposición insular (451 ss.). Otra de estas sugestivas obritas es la latina *Ora maritima*¹⁷ de R. Festo Avieno (s. IV d.C.), basada en un periplo masaliota del siglo IV a.C. Este poema ofrece abundantes referencias a islas al citar alrededor de veinte de ellas. Efectivamente, después de los cabos se enumeran algunas de las islas que interesan a los navegantes como la isla de Saturno (v. 165), la de Venus (v. 315), la de Minerva (v. 494), Blasco (v. 603), y más. En especial se mencionan todas aquellas que se encuentran situadas cerca de los cabos y que destacan por su tamaño, forma, vegetación, metales, dioses, habitantes, etc.

No queremos omitir a una serie de autores y obras —la mayor parte de época tardía— que, aun debatiéndose entre los límites de la geografía y los relatos de viaje, suministran testimonios de cierta valía como PRISCIANO (s. VI d.C.) y su *Periégesis* (vv. 460-613), versión en hexámetros latinos de la obra de Dionisio Periegeta; NICÉFORO BLEMMIDES (1197-1269 d.C.) en su *Geografía*, en la que se dedican pasajes a las islas del Océano, de las Hesperias y del mar Fenicio; la *Orbis descriptio* del PSEUDO-SCYMNO DE QUIÓS, donde se habla de un buen número de islas que van alternando en la narración sin concedérseles un lugar concreto en la estructura de la obra. Así también, para cerrar este capítulo destinado al género periplográfico y afines, es conveniente enumerar aquí algunas obras de carácter anónimo y de difícil ubicación cuales son el *Compendio anónimo de Geografía*, *Totius orbis descriptio* y *Expositio totius mundi et gentium* que, o bien en diminutas secciones llamadas «De maximis insulis», o bien en rápidas visiones al final del libro, se ocupan de nuestro asunto, si bien es verdad que de manera breve.

Retomando el hilo de la historia, ahora le ha llegado el turno a ESTRABÓN (ca. 64 a.C.-17 d.C.) y sus *Geográficos*. Viajero y apasionado de la geografía práctica y descriptiva, trata de diferenciarse de los periegetas, pues atiende a conceptos y descripciones generales de la ecúmene. Es, sin duda, una obra plagada de innumerables islas. Así es, ya desde la propia concepción insular del orbe habitado (I, 8) el texto estraboniano concede especial importancia al hecho isleño, en tanto que las introducciones de las principales ediciones y traducciones modernas del escritor de Amasía no parecen tener esto muy en cuenta, ya que ni siquiera vemos en ellas un triste apartado destinado a tal menester (sin embargo, sí se dedican prolijos capítulos a los volcanes, seísmos, ríos, mares, flora y fauna, etc., dentro de los cuales las islas aparecen anecdóticamente). De todos modos, y sin que sirva de excusa, la mayoría de las ediciones o traducciones de las obras aquí citadas se desentienden de tal labor. La lista de islas que se exhiben en dicha obra es extensa, pero sólo entresa-

¹⁷ Cf. SCHULTEN, A., *Ora maritima*, Barcelona 1922, o la más reciente y completa GONZÁLEZ PONCE, F.J., *Avieno y el Periplo*, Écija 1995.



caremos algunas para no cansar al lector: las islas de los Bienaventurados (I,5), precedente de Hesíodo; isla de los lotófagos (I, 2,18), de reminiscencias homéricas; una curiosa crítica a las noticias ofrecidas por Piteas el masaliota acerca de Tule y Britania (I,4,3); la «isla de las mujeres» (II, 4,6), de características similares a las amazónicas, habitada por mujeres samnitas poseídas por Dionisio y en la que ningún hombre ha puesto el pie —datos todos ellos procedentes del filósofo y etnógrafo Posidonio de Apamea y que tendrá un interesante desarrollo posterior, creando incluso su pareja «islas de los hombres», ambas ubicadas en oriente—¹⁸; la isla Atlántida, isla-continente que pone en relación con el tema de las modificaciones geológicas, sin rechazar, ni mucho menos, su antigua existencia; algunas islas que dejaron de serlo, tras desgajarse de tierra firme, y otras que volvieron a unirse al continente por la mano del hombre o por los propios fenómenos naturales: Faros, Astería, Píreo, Léucade (I, 2,23-30 y I,3,18); y las legendarias islas Casitérides o del estaño (III,5,11). Posteriormente, a propósito de la etnografía, climatología, hidrografía, orografía o la naturaleza del suelo de los lugares descritos, da a conocer una multitud de islas, llamando la atención sobre sus principales riquezas como, por ejemplo, cuando afirma que el mejor vino griego es el de las islas de Chipre, Quíos, Lesbos y Cos (XIV, 6,5; 1,35; 1,15; 2,19), que los mejores dátiles y palmeras se encuentran en una isla de Egipto (XVII, 1,51), que era de propiedad real y en esta época producía grandes ingresos, o que el queso más apreciado era el de Salamina (IX, 1,11). Pero si alguna notable aportación a nuestro tema le debemos a Estrabón, es la de erigirse en precursor de Diodoro Sículo —luego, de Plinio el Viejo, Pomponio Mela y también del propio Isidoro de Sevilla— en el tratamiento insular, al disponer de capítulos enteros consagrados a las islas, algunos incluso con una ubicación independiente, como ocurre en los libros III-VI o XIV.

En este mismo siglo I a.C. escribe su *Biblioteca Histórica* DIODORO DE SICILIA, sin lugar a dudas, el escritor griego más sobresaliente en lo que a nuestro asunto se refiere, pues algunos estudiosos acertadamente opinan acerca de su libro V que debe ser considerado como «le premier et unique «isolario» de la littérature classique, non seulement par son contenu, mais surtout du fait que son auteur lui a donné le titre singulier de *nesiotikè* (livre insulaire)»¹⁹. Anticipo de ese libro V son ya los libros I y II, en donde se citan islas como Filas, relacionada con el culto a Isis y Osiris (I,22,3; cf. Str. XVII, 1,23; Plut. *De Is.* 20), Meroé (I, 33 y 37,9; cf. Str. XVII 1,5), Delta (I, 34) las siete islas del Sol (II, 55) Nisa, patria originaria de Dionisio (III, 65 ss.). Comienza la relación insular del libro V por Sicilia y sus leyendas, mientras va describiendo las restantes islas del Mediterráneo y del Océano, poniendo fin a la exposición con

¹⁸ Acerca de este tipo de islas de la geografía mítica y su importancia en el descubrimiento de América, cf. GIL, J., *Mitos y utopías del descubrimiento* (vol. I, *Colón y su tiempo*), Alianza Editorial, Madrid 1989.

¹⁹ PRONTERA, F., «Géographie et mythes dans l' «isolario» des Grecs» en M. Pelletier (ed.), *Géographie du Monde au Moyen Âge et à la Renaissance*, París 1989, pp. 169-179. Cf. este interesante artículo si se quiere mayor y más detallada información sobre dicho libro.

Creta y sus correspondientes mitos. A través de sus páginas, Diodoro nos hace ver cuán cantidad y variedad de mitos y leyendas situaban los antiguos en las islas, y no por casualidad²⁰. Alguna de las islas descritas aquí ha tenido una mayor relevancia en la tradición posterior: ponemos por caso las dos islas oceánicas (19-20), cuya localización ha provocado no pocas disputas²¹, o la utópica Panquea (41-42) del Océano Índico, donde habitaba un pueblo que poseía la clave de la historia religiosa y mitológica de la humanidad, relato atribuido a Evémero de Mesene²².

PAUSANIAS (s. I d.C.) nos transmite en su *Descripción de la Hélade* bastantes asuntos míticos relacionados con islas: el cambio de nombre de la isla Enone en Egina, hija del dios-río Asopo (II, 29,2 y 5,1), la isla Sagrada, cuyo antiguo nombre era Esferia, con un templo consagrado a Atenea (II, 33,1), la isla Leuce o «Blanca» (III, 19,11), sobre la que existía la tradición de que en ella residió Aquiles, después de su muerte, y a la que Dionisio Periegeta llamó de los Héroe (542)²³ o, por último, la Isla de Patroclo, de Helena y de Asterio que, por su descripción, parecen islas geográficamente reales (I, 1,1 y I, 35,1-6). PLUTARCO (ca. 46-120 d.C.), dentro de una concepción mítica de la geografía²⁴, es también un digno representante del motivo insular, en especial, en aquellas islas que podríamos catalogar como «escatológicas» a las que tanto recurre el beocio en sus *Obras morales*²⁵.

Poco después será LUCIANO DE SAMÓSATA (s. II d.C.) quien parodiará en sus *Relatos verídicos* toda esa literatura de viajes maravillosos que parte de los relatos de Homero, pasando por los textos de Yambulo y Ctesias hasta llegar al pitagórico A. Diógenes y los fabulosos itinerarios de su novela *Las maravillas de más allá de Tule*. Nos sorprende Luciano con esa enorme capacidad para exagerar y reelaborar motivos legendarios de la anterior literatura griega, y en ese fantástico relato de aventuras ocupan las islas un lugar significativo. En efecto, gracias a su portentosa imaginación este autor crea un reducido universo insular —en torno a quince islas— totalmente ficticio, sin que se vislumbre en él señal alguna de realidad, y es esto precisamente lo que hace a esta obra, en lo que se refiere a nuestra tema, sumamente original y a cuyas islas ya algún especialista atinadamente ha calificado como «islas fantástico-imaginarias»²⁶. Van apareciendo una isla del Vino (I, 6,9); en el interior de una balle-

²⁰ Cf. VERNIÈRE, Y., «Îles mythiques chez Diodore de Sicile», en F. Jouan- B. Deforge (eds.), *Periples et pays mythiques*, París 1988, pp. 159-161.

²¹ Cf. GARCÍA Y BELLIDO, A., *Las islas atlánticas en el mundo antiguo*, Las Palmas 1967; ANNIOTTI, G., «Le Isole Fortunate: mito, utopia, realtà geografica», *CISA* 14, 1988, pp. 166-177.

²² De este texto tenemos una reciente traducción española de LENS TUERO, J.-CAMPOS DAROCA, J., *Utopías del mundo antiguo. Antología de textos*, Alianza Editorial, Madrid 2000, pp. 164-167, y para los libros I-II, de los mismos autores, en *Biblioteca histórica* (Introducción general, libros I-II), Ediciones Clásicas, Madrid 1995.

²³ Sobre esta isla, cf. GÓMEZ ESPELOSÍN, F.J., *Tierras fabulosas...*, pp. 142-144.

²⁴ Cf. VERNIÈRE, Y., *Symboles et mythes dans la pensée de Plutarque*, París 1977, pp. 271-285.

²⁵ Para una información más precisa, cf. MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, M., «Las islas escatológicas en Plutarco», en M. García Valdés (ed.), *Estudios sobre Plutarco: ideas religiosas*, Actas del III Simposio Español sobre Plutarco, Ediciones Clásicas, Madrid 1994, pp. 81-103.

²⁶ Cf. MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, M., «Las islas poéticas...», p. 446.

na (I, 31), de larga fortuna en la literatura celta o en la árabe (recuérdese, por ejemplo, los viajes de San Brandán o las aventuras de Simbad el Marino); las islas-barco (I, 40), versión personal de las conocidas islas flotantes; la isla de los Condenados (II, 30), parodia de la geografía del Hades, a donde iban a parar los historiadores mentirosos que habían falseado la verdad; la isla de los Sueños (II, 32), un cuadro casi surrealista; y otras como la del Queso (II, 3), del Corcho (II, 4), de los Dichosos (II, 5), de los Bucéfalos (II, 44), etc. Queremos, al menos, reseñar del samosatense el breve coloquio que, en los *Diálogos marinos* 10, mantienen Iris y Posidón en torno al hecho de detener y hacer visible a la isla de Delos a fin de que sirva de morada a la parturienta Leto (cf. *H. hom.* I; Call. *Del.*). Según palabras de un especialista en la novela griega²⁷, Luciano «recoge al mismo tiempo la fabulación de los exploradores de esas tierras últimas, y las fantasías de los filósofos inventores de utopías... Esas islas felices, los paraísos perdidos, son un tema grato a estos filósofos cansados de una civilización que no creen posible salvar, y en la que no quiere alienarse. Prefiere un mito robinsoniano y una fantasía poco comprometedor para constrar con la realidad».

En menor medida, el hecho insular aparece en las contadísimas novelas griegas que, de una manera u otra, han llegado hasta nosotros y que generalmente se encuadran en el helenismo tardío; así por ejemplo, en *Las maravillas de más allá de Tule* de A. DIÓGENES (s. II d.C.) los personajes, desvalidos entre tantos peligros, llevan a cabo una desaforada huida hasta esa legendaria Tule, de amplio prestigio literario. La historia de *Quéreas y Calírroe* de CARITÓN DE AFRODISIA se desarrolla básicamente en Sicilia y es en la isla de Árados donde transcurre un episodio interesante de la narración, al encerrar el rey de Persia a sus mujeres y tesoros en ella, creyéndola un lugar seguro, mientras avanza al encuentro de los egipcios, y en cuyo santuario Calírroe implora a Afrodita (libro VII). También las aventuras y desventuras amorosas de *Dafnis y Cloe* de LONGO (mediados del siglo III d.C.) suceden en territorio de Lesbos, isla tan vinculada al amor. En las *Efesiacas* de JENOFONTE DE ÉFESO (s. II d.C.) la pareja protagonista se detiene en Samos y Rodas para rezar a Hera y a Helios, además de asistir a una fiesta rodia. AQUILES TACIO narra el cruel ataque de unos piratas contra *Leucipa y Clitofonte* (finales del s. II d.C.), cuando éstos realizaban un curioso viaje turístico a la alenjandrina isla de Faros (libro V). En otro de esos periplos aventureros, los protagonistas de las *Babiloniacas* (165-180 d.C.) de JÁMBLICO, Sinonis y Ródanes, alcanzan una isla rodeada por el Éufrates y el Tigris, donde Sinonis se repone de sus heridas y en la que la sacerdotisa de un templo le relata la historia de Mesopotamia y Tigris. A una isla en el Nilo son llevados por una banda de salteadores, Teágenes y Cariclea en las *Etiópicas* de HELIODORO DE EMESA y confiados al cuidado de un cautivo griego, Gnemón, quien les refiere sus andanzas; después de un imprevisto ataque enemigo, la isla es incendiada y allí se produce la separación de la pareja (libro I). Por otro lado, en este mismo siglo destaca por sus estudios geográficos, astronómicos y de matemática aplicada la figura de CLAUDIO PTOLOMEO, quien redactó el manual más importante

²⁷ GARCÍA GUAL, C., *Los orígenes de la novela*, Ed. Istmo, Madrid 1988 (1972), p. 88.

de geografía antigua, *Guía geográfica*, cuyos libros II-VII consisten en tablas referentes a la situación de los lugares conocidos, muchos de ellos, por supuesto, son islas.

2. El mundo romano, al contrario que el griego, generó mucha menos literatura de tema insular debido, entre otras muchas causas, a las contadísimas islas que pueblan las costas itálicas y a su menor dependencia de ellas. No obstante, la literatura latina cumplió una función primordial como fue la de canalizar y reunir en obras de tipo enciclopédico muchas de las noticias insulares procedentes de los autores griegos.

Un caso curioso de *nesonimia* y que supuso un cambio determinante en la historia de la expresión griega *Makárôn nêsoi*, fue la traducción latina que de dicho sintagma hizo el comediógrafo PLAUTO (s. III-II a.C.), quien las llamó Islas de los afortunados, de donde nacería la fórmula más extendida hoy de Islas Afortunadas (*Trin.*, 547-552). Tampoco los poetas latinos dejaron de hacer referencia a islas, aunque esporádicamente, como por ejemplo HORACIO (65-8 a.C.) y su célebre *Épodo XVI*, descripción de unas «divites insulas» —islas opulentas y no islas Afortunadas, como algunos han traducido— donde se entremezclan los paisajes homéricos con la temática de la Edad de Oro. En los quince libros de las *Metamorfosis* de OVIDIO (43 a.C.-17 d.C), obra dominada y conformada por leyendas y fábulas mayores y menores, no es de extrañar que descubramos, entre las aproximadamente cincuenta islas repartidas por todo el texto, algunas de las más bellas poetizaciones de mitos insulares como es el caso de Perimele, las Equinades (VIII, 573-610), la isla Tiberina y Esculapio (XV, 739-744), Egina, la peste y sus singulares pobladores, los Mirmidones (VII, 470-660), etc. El motivo insular también juega cierto papel en la *Eneida* de VIRGILIO (70-19 a.C.), no en vano hablamos de una composición que en esencia es un viaje con múltiples estaciones —muchas de ellas insulares— por la cuenca mediterránea. Merece la pena destacar la hermosa descripción de Delos (III, 69 ss.), la de las «míticas» Estrófades, morada de las monstruosas Harpías (III, 209 ss.) o la vital importancia de Sicilia, lugar en el que Virgilio asentó la leyenda troyana antes incluso que en el Lacio, uniendo su destino al de Italia (V, 24 ss.). En este sentido, el gramático del s. V d.C. Servio en sus *Comentarios* a la obra de Virgilio desarrolla estos temas, aportando más información referente a las islas. Otros poetas latinos pueden tener un pequeño espacio en esta historia, tal es el caso de LUCANO (39-65 d.C) en su *Farsalia* (algo más de veinte islas) y ESTACIO, aunque en menor grado, en las *Silvas* (III, 5, 18-22) al escribir sobre la legendaria Tule²⁸.

En cuanto a la historiografía, pocos autores son sensibles a nuestro tema. El resto o cita muy pocas islas o no le concede relevancia alguna. Al primer grupo perte-

²⁸ Cf. asimismo SEN. *Med.* 374-79; IVV. XV, 110-112; VERG. *georg.* I, 30. Una excelente historia de esta isla la tenemos en: MUND-DOPCHIE, M., «*L'ultima Thule dans l'imaginaire occidental. Les métamorphoses d'une île réelle en un pays fabuleux*», en *Los Universos Insulares*, Cuadernos del CEMYR 3, La Laguna 1995, pp. 119-137 y también de la misma autora, «*La survie littéraire de la Thulé de Pytheas*», *AC* 59 (1990), pp. 79-97.

nece VALERIO MÁXIMO (14-68 d.C.) quien en sus *Hechos y dichos memorables* cita unas quince islas en cuyos pasajes destacan noticias y hechos curiosos de personajes, costumbres y sucesos varios relacionados con las islas: la isla de Esciros donde recibió sepultura el cuerpo de Teseo (v, 3,ext.3), la isla de Ceos y sus particulares tradiciones (ii, 6,ext.8), etc. Sin duda, es TITO LIVIO (ca. 64 a.C.-12 d.C.) un historiador propenso a ofrecer referencias geográficas, como muy bien exigían los cánones de la historiografía clásica, y, por ello, contamos con un gran número de islas en su *Historia de Roma*, que podríamos calificar como: islas de aprovisionamiento, de hibernación, estratégicas, de refugio natural, etc. No hay que olvidar que Roma intentaba granjearse las simpatías de determinadas islas, estratégicamente bien situadas, como pieza clave de su política exterior. Por nombrar algunas de cierto interés, recordemos las Egates, a las que Livio alude por su especial vinculación con el episodio final de la Primera Guerra Púnica (xxi, 10,7), Corcira, puente permanente entre Italia y Grecia (xxxI, 18,9), la campaña contra Cefalonia y posterior conquista de su más estratégica ciudad, Same (xxxviii, 28,5 ss.) o el legendario relato sobre la formación de la isla Tiberina²⁹ (ii, 5). Más tardíamente OROSIO (ca. 384-?), según afirma al inicio de sus *Historias*, da a conocer sus pretensiones pues «he recorrido brevemente en la medida de mis fuerzas, las provincias e islas de todo el orbe» (i, 2,106). En efecto, en el libro I confecciona un pequeño compendio geográfico de las regiones de todo el orbe, entre ellas, por supuesto, incluye a multitud de islas sobre las que proporciona no pocos datos: situación, extensión, orografía, etc. Dispone breves apartados donde, una vez descritas cada una de las tres partes del mundo, habla de sus respectivas islas. Este breve repertorio será uno de los más empleados en época medieval y renacentista.

Como anteriormente avanzamos, la literatura latina contribuye de manera decisiva a la historia del motivo insular con un tipo de obra cuya pretensión principal es la de reunir «todo lo que, según los griegos, pertenece a la *encyclios paideia*» (Plin. *praef.*14), esto es, las *Enciclopedias* o, en pocas palabras, la suma del saber de la época. No nos pasa desapercibido el hecho de que desde los griegos —incluso entre los latinos, por ejemplo, Varrón y Catón— ya existiera una tradición enciclopédica establecida, pero tal vez sea Plinio en la *Historia Natural* quien deba reclamar para su composición —y así lo hace en el prefacio— el título original de obra enciclopédica, ya que hasta entonces los intentos se habían quedado en un conjunto de monografías independientes entre sí en mayor o menor grado. Esta clase de producción y otras de contenido más o menos geográfico las estudiaremos a continuación.

Del siglo I de nuestra era es el tratado de geografía, en latín, más antiguo que conservamos (probablemente Varrón, con una *Ora marítima*, y C. Nepote escribieran algunas similares), la *Corografía* del hispano POMPONIO MELA. Esta obra, dividida en tres libros, está inscrita en una tradición geográfica grecolatina (periplos, tratados geográficos, etc.) a la que Mela aportó muy poco. Realiza una

²⁹ Acerca de esta isla, *vid.* también a DIONISIO DE HALICARNASO (v, 13), quien la describe, según estudiosos modernos, como una Isla de los Bienaventurados, ya que se reservó para ceremonias y cultos.





breve descripción (utilizando un esquema monótono y reiterativo) de las costas del Mediterráneo y del Océano, a modo de periplo, partiendo y finalizando en África. A pesar de ello, en lo que a nuestro propósito atañe, dicho tratado supone un progreso en el tratamiento de las islas: por un lado, está el hecho del considerable número de ellas citadas (más de un centenar, la mayor parte en el Mediterráneo) y, por otro, su disposición en la obra, ya que casi todas se enumeran al final del libro II. Entre éstas quizá sobresalgan algunas de larga tradición como la Quemis herodotea (I, 55), la homérica Eea, en el estrecho siciliano, asignada por Mela a Calipso en lugar de a Circe (II, 120), las indias Crise, Argire, Taprobane³⁰, isla del Sol (III, 70-71), etc. En este mismo siglo escribió Plinio el Viejo (23-79 d.C.) su monumental *Historia Natural*, cantera inestimable para los conocimientos de la Antigüedad, dado que en sus treinta y seis libros se tratan materias como la cosmología, geografía, antropología, zoología, botánica y mineralogía. Esta gigantesca obra fue una fuente de la que bebieron todos los enciclopedistas y tratadistas posteriores, sobre todo en la Edad Media. Pero a nosotros nos interesa principalmente los llamados libros geográficos (III-VI), puesto que es aquí donde se enumeran —a veces incluso con breves comentarios—, las cientos de islas que se extienden por los mares de Europa, África y Asia. A modo de síntesis y ciéndonos a los territorios insulares, en el libro III da noticias sobre las Baleares, Cerdeña, Córcega, Sicilia y las islas de la costa adriática; en el libro IV nos encontramos con las islas griegas del mar Jonio, del centro y norte del Egeo, del Ponto, de Germania, Galia y Britania, y por último, las de la costa atlántica de la Península Ibérica; si ojeamos el libro V podemos apreciar las islas de África, Fenicia y toda la costa minorasiática del Egeo sin olvidarnos de la Propóntide; para finalizar, el libro VI contiene las islas del Océano Índico, la costa sur de África hasta llegar a las atlánticas islas Afortunadas, con las que se cierra la descripción del mundo. En suma, los libros de geografía plinianos están dotados de una serie de rasgos que posteriormente adoptarán los islarios humanistas, como son:

- a) Innumerable cantidad de islas, superando ya a las citadas por Mela.
- b) Mayor conocimientos de las islas: no se dedica simplemente a enumerarlas, sino que, en muchos casos, ofrece una información más amplia como dimensiones, distancias, leyendas, curiosidades, población, características orográficas, construcciones, otras denominaciones antiguas, etc.
- c) Disposición más o menos definida en la estructura de la obra: suelen estar ubicadas al final del territorio descrito y en apartados casi exclusivamente isleños; es como si se tuviera verdadera conciencia de la singularidad insular.

C. JULIO SOLINO (s. III o IV d.C.) en la corografía titulada *Colecciones de cosas memorables* lleva a cabo una descripción que, tomando como punto de partida Ita-

³⁰ Estas islas del Índico han sido estudiadas concienzudamente por el profesor J. GIL en «Las islas de la India», *Cuadernos del CEMYR*, 3, Universidad de La Laguna 1995, pp. 157-176.

lia, va bordeando el Mediterráneo (Europa, África, Oriente, Asia) con la intención puesta en los asuntos más llamativos y extraños, hecho que le aseguró un buen público en el Medievo y Renacimiento. En dicha obra el tema insular se va consolidando y figura extensamente, puesto que sus fuentes más utilizadas son Mela y, sobre todo, Plinio (algunos afirman que a través de un epitomizador). No queremos obviar en este punto la figura del escritor norteafricano de alrededor del 300 d.C. ARNOBIO y su *Contra los gentiles*. Esta obra, si bien casi no ofrece referencias insulares, posee una importancia puntual pero fundamental en relación con la denominación colectiva de Islas Canarias, pues es en su capítulo VI, 5 donde por vez primera en la Antigüedad se utiliza el plural Islas Canarias, con referencia a unas islas geográficas realmente existentes en el extremo del mundo conocido de entonces³¹. También conocemos una obra de carácter geográfico de entre los siglos II-III d.C. llamada *Liber memorialis*³² de AMPELIUS, que en VI, 12 trata sobre unas «clarissimae insulae». Hacia el año 400 d.C. MARCIANO CAPELA compuso su obra enciclopédica —otros lo ven como un manual escolar o como un tratado filosófico— *Bodas de Filología y Mercurio* en nueve libros, la mayor parte dedicado a las artes liberales. En especial, nos concierne el libro de *Geometría* (VI), pues en él se mezcla dicha materia con abundantes datos de descripción geográfica. Utilizando básicamente como fuentes a Mela, Plinio, Solino y Ptolomeo, sin embargo, con respecto a éstos, introduce ligeros cambios, por ejemplo, en los nombres de algunas islas o añade otros donde allí no existían. El orden que sigue en la descripción es éste:

- 1) Primer golfo de Europa: Hispania, Galia, Italia e islas (627-649). Aquí está localizada la mayor parte de las islas.
- 2) Segundo golfo (650).
- 3) Tercer golfo: desde los montes Acroceraunios hasta el Helesponto, con sus islas (651-660).
- 4) Cuarto golfo: del Helesponto al lago Meótide, y sus correspondientes islas (661-664).

Otras dos obras que habría que citar son la *Cosmografía* de JULIO HONORIO (IV-V d.C.) y, ya en el siglo VI, la *Historia de los godos* del escritor cristiano JORDANÉS. Esta última se trata de un extracto, en un latín vulgar muy acentuado, de la obra de similar título de Casiodoro (no nos ha llegado hasta hoy), compuesta de doce libros. Finalmente, para cerrar esta etapa de nuestra historia dedicada al motivo insular en la literatura latina, nadie mejor que ISIDORO DE SEVILLA (hacia finales del s. VI), eslabón decisivo entre el estudio de la Antigüedad Clásica y la Edad Media, además de cima en donde culminan —y desde donde parten hacia la Edad Media y el

³¹ Cf. MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, M., «Sobre el plural «Islas Canarias» en la Antigüedad», *Strenae Enmanuela Marrero Oblatae*, vol. II, La Laguna 1993, pp. 51-63. La última y más completa edición de Arnobio es la de H. LE BONNIC, *Arnobe. Contre les gentils*, Les Belles Lettres, París 1982.

³² Cf. AMPELIUS, *Liber memorialis*, ed. E. Assmann, Leipzig 1935.



Renacimiento— todas las noticias insulares de la Antigüedad grecolatina. En efecto, como ya afirmamos al comienzo de este trabajo, el capítulo sexto del libro XIV de las *Etimologías* hay que considerarlo, sin ningún género de dudas, como la exposición más sistemática de geografía insular del mundo antiguo. Algunas de las razones que justifican dicha definición son:

- 1) El hecho de que definitivamente se le dedique un capítulo completo dentro de un libro geográfico.
- 2) Un título preciso que adoptarán los enciclopedistas posteriores: «De insulis».
- 3) Importancia no tanto del número de islas (algo más de cuarenta) como de la gran cantidad de datos sobre cada una de ellas: situación, tamaño, leyendas o mitos, origen de su nombre, cualidades naturales, habitantes, riqueza animal y forestal, etc.
- 4) Descripción ordenada, según un patrón: islas del Atlántico Norte, Atlántico africano, Océano Índico, para terminar con las del Mediterráneo, en concreto, en las Baleares.

Este pequeño compendio fue muy manejado en la Edad Media y el Renacimiento, al tiempo que fue reproducido literalmente o en extractos por los enciclopedistas posteriores.

3. En este bloque dedicado a nuestro motivo en la *literatura medieval* nos detendremos muy poco, puesto que en la mayoría de los casos se trata de obras que reproducen o extractan, mezclando realidad y mito, las palabras de autores como Plinio, Solino, Mela, Capela o Isidoro de Sevilla. No obstante, también es cierto que algunas de ellas proporcionan nuevas informaciones insulares, especialmente gracias a las numerosas e incansables generaciones de viajeros medievales como Marco Polo, Oderigo de Pordenone, Juan del Pian Carpino, Guillermo de Rubruck etc., que pusieron por escrito sus andanzas, a las embajadas de todo tipo llegadas de lugares próximos o remotos, a las peregrinaciones a Tierra Santa, a las Cruzadas, etc. No hay que olvidar que el mundo medieval fue constantemente recorrido, a pesar de las continuas trabas que ponía la geografía erudita o escolar, y este ansia viajera quedó muchas veces reflejada en las obras de enciclopedistas y cosmógrafos de la época, sumándose a ello el descubrimiento y difusión a fines del s. XII del saber árabe y aristotélico³³. Asimismo, capítulos sobre islas son muy frecuentes en estos escritores

³³ A este respecto, recomendamos algunos trabajos: WADE LABARGE, M., *Viajeros medievales. Los ricos y los insatisfechos*, Ed. Nerea, Madrid 1992 (trad. de José Luis López Muñoz); RUBIO TOVAR, Joaquín (ed.), *Libros españoles de viajes medievales*, Taurus, 1986; *Viajes y Viajeros en la España Medieval*, Actas del V Curso de Cultura Medieval, Ediciones Polifemo, Madrid 1997; GRABOIS, A., *Le pèlerin occidental au Terre Sainte dans moyen âge*, 1998; CARMONA FERNÁNDEZ, F.-MARTÍNEZ PÉREZ, A. (eds.), *Libros de viaje en el mundo románico*, Universidad de Murcia, 1996.

cuyos trabajos suelen llevar títulos genéricos como *Imago mundi*, *Esfera*, *Cosmografía*, *De mensura*, etc. Seguidamente nos acercaremos a alguno de ellos.

De los siglos V-VI d.C. es la *Cosmografía*³⁴, conocida gracias a un resumen elaborado por un tal *Hieronimus presbyter*, de un trotamundo llamado AETHICUS ISTER, quien al parecer había recorrido todos los países e islas a lo largo y ancho de la tierra. Otra *Cosmografía*³⁵, que suele datarse hacia el 800 d.C., fue atribuida a un GEÓGRAFO DE RÁVENA y ha llegado hasta nosotros merced a un extracto que realizó en torno a 1118 el clérigo Guido de Pisa (*Guidonis Geographica*); otros piensan incluso que esta última fue anterior y mejor. En ella se menciona un considerable número de islas, en cualquier caso, está llena de citas de Isidoro, Solino, Plinio, etc. Tenemos noticias de otros anónimos de mitad del s. IX como el *Situs Orbis Terre vel Regionum* o el *Anónimo de Leiden*. RÁBANO MAURO (776/80-856), discípulo de Alcuino de York y obispo de Maguncia, su ciudad natal, pertenece a la segunda generación del movimiento cultural carolingio. Aunque salen de su pluma muchos tipos de obras, por su espíritu enciclopedista trabajará casi toda su vida en un vasto tratado (veintidós libros) de carácter simbólico: *De universo sive De rerum natura*³⁶. Sin duda, es una de las grandes enciclopedias medievales y la primera después de las *Etimologías* isidorianas, en la que evidentemente se inspira. Destaca, con relación a nuestro tema, el capítulo cinco del libro XII, titulado «De insulis»³⁷, donde da cuenta de una larga lista de islas comenzando por las del Océano Atlántico, de Tule a las Hespérides, las del Océano Índico, el Helesponto, el Egeo, el Jonio, las de Italia y, por último, las Baleares. En esta primera mitad del s. IX nos encontramos con la figura del geógrafo irlandés DICUIL, de cuya vida muy poco se sabe: pudo ser maestro de escuela en palacio y visitó a unos anacoretas que vivían en las islas al norte de Inglaterra. De su labor como escritor, nos interesa ante todo el *Liber de mensura orbis terrae*³⁸, el manual de geografía más antiguo de Francia. Trata en nueve capítulos de Europa, Asia, África, Egipto, Etiopía, de la longitud y latitud del globo terráqueo, de los grandes ríos, del mar Tirreno, de montañas y de islas; sus fuentes principales son Plinio, Solino, Julio Honorio, la *Periégesis* de Prisciano, Isidoro y la *Cosmografía* de Aethicus. Este libro fue poco conocido en los siglos siguientes, pero suscitó gran interés en tiempos del Humanismo.

³⁴ Cf. PERI, V., «La Cosmographia dell'Anonimo di Histria e il suo compendio dell' VIII secolo», en *Vestigia, Studia in onore di G. Billanovich*, R. Avesani, M. Ferri, T. Foffano, A. Sotti, t. II, Roma 1984, pp. 503-558; HILLKOWITZ, *Zur Kosmographie des Aethicus*, II parte, Francfort-sur-le Main 1973 (completa la tesis elaborada en 1934).

³⁵ Cf. PINDER, M.-PARTHEY, G., *Ravennatis Anonymi Cosmographia et Guidonis Geographica*, Berlín 1860.

³⁶ Cf. MIGNE, *PL*. 111, 9-614.

³⁷ Cf. MIGNE, *PL*. 111, 353C-358C.

³⁸ Cf. TIERNEY, J.J.-BIELER, L., *Diculi Liber de mensura orbis terrae*, Dublín 1967. Sobre las fuentes y la representación geográfica del mundo en esa época: GAUTIER DALCHÉ, P., «Tradition et renouvellement dans la représentation de l'espace géographique au IX^e siècle», *Studi medievale* 24, 1, (1983), pp. 121-165.



Llegamos al siglo XI, donde autores de la talla de Adán de Bremen u Honorius Augustodunensis escriben sus obras. ADÁN DE BREMEN destina varios y amplios capítulos de su *Gesta Hammaburgensis Ecclesiae Pontificum*³⁹ a hablarnos de islas del norte de Europa como en los apartados titulados «Descriptio Insularum Aquilonis» (Eligland, Fiune, Seland, Estland, Fembre, etc.), «De insulis Danorum» o en el dedicado a Noruega, lugar donde cita a Tule, Gronland, Orcades, Halagland, etc. Es, sin duda, un hecho curioso que atribuya rasgos paradisíacos a algunas de estas islas del Norte (Farria 4,3, Sconia 4,7, Churland 4,6), si tenemos en cuenta la sombría imagen que el medievo tuvo de los países nórdicos, idea que hoy se pone en duda o al menos se matiza⁴⁰. También hay que destacar la identificación que hace entre Tule e Islandia, describiendo luego la vida ejemplar de sus habitantes. HONORIUS AUGUSTODUNENSIS también brinda el capítulo treinta y cuatro del libro I de su *De imagine mundi* a las islas⁴¹. De esta misma época es un *Lexicum* escrito en Italia y que se conoce como Papias, intitulado *Elementarium doctrinae rudimentum*⁴², que tuvo una gran aceptación en el siglo XII. Este diccionario recoge su información de Prisciano (s. VI d.C.) y del *Liber glossarum*, además de disponer los lemas (muchos de ellos son islas) en orden alfabético y dedicarle a cada uno algunas palabras o un breve comentario; este léxico figura entre las fuentes más importantes utilizadas por los islarios humanistas. A finales de este siglo nos encontramos con HUGO DE SAN VÍCTOR (1096-1141) y su *Descriptio mappe mundi*⁴³: pequeño tratado de geografía que utiliza fuentes tanto de la Antigüedad Clásica (Mela, Orosio, Amiano Marcelino, Capela) como de época tardía y medieval (Julio Orosio, San Jerónimo, Isidoro, etc.). No se olvida de nuestro asunto y así les dedica cinco breves capítulos a las islas del Océano (II), del mar Tirreno (III), del mar Adriático (IV), del mar Rojo (VI) y algunas otras islas al final del libro (XXVIII). Otros muchos autores continuaron con la saga de este tipo de obras, es el caso de GERVASIO DE TILBURY (1140-1220) y su *Otia Imperialia*⁴⁴, el *Liber Floridus*⁴⁵ de LAMBERTO AUDOMARENSIS, escrito alrededor

³⁹ Cf. MIGNE, *PL.* 146, 457A-458C o la edición de W. TRILLMICH-R. BUCHNER, *Gesta Hammaburgensis ecclesiae pontificum*, 36, Fontes Saeculorum noni et undecimi Historicum Ecclesiae Hammaburgensis necnon Imperii illustrantes, Rütten-Loening, Berlín 1961.

⁴⁰ Cf. el artículo de MOLINA MORENO, F., «In septentrionem, in paradisum? La recuperación de un mito, en la Edad Media latina», en *Actas del II Congreso Hispánico de Latín Medieval*, Universidad de León 1998, vol. II, pp. 679-686. En última instancia, estas islas del Norte están en relación con el fabuloso pueblo de los Hiperbóreos, a quien por primera vez menciona el poeta Alceo (s. IV a.C.) pero que, sin embargo, fue Diodoro Sículo (II, 47) quien lo hizo residir en territorio insular.

⁴¹ Cf. HONORIUS AUGUSTODUNENSIS, *Imago mundi*, ed. V.I.J. Flint, en *Archives d'histoire doctrinale et littéraire du Moyen Age*, t. 49, 1982, pp. 48-151.

⁴² No hemos encontrado ediciones modernas de la obra completa. Una edición antigua es: Bonitus MOMBRIITUS, *Vocabularium*, impreso en Milán por Dominicum Vespolate, 1476 (diversas reimpressiones).

⁴³ Cf. GAUTIER DALCHÉ, P., *La «Descriptio mappe mundi» de Hugues de Saint-Victor*, CNRS, París 1988.

⁴⁴ Sólo manejamos la antigua edición de LEIBNITZ, G.G., *Gervasius Tilburiensis. Otia Imperialia*, *Scriptores Rerum Brunsvicensium*, t. I, Hanover, 1707, pp. 881-1.005.

⁴⁵ Cf. LAMBERTUS AUDOMARENSIS, *Liber Floridus*, ed. por A. Derolez, Bruselas, 1968.

del 1120 d.C. y ALBERTO MAGNO (ca. 1193-1280) con su *De natura loci*, cuyo libro III se denomina «Cosmografía». Un franciscano llamado BARTOLOMÉ EL INGLÉS que enseña en París a mediados del siglo XIII escribe en latín (pronto traducida a muchos idiomas) una obra titulada *De proprietatibus rerum*⁴⁶. Se trata de una voluminosa enciclopedia que recoge los conocimientos generales que una persona culta debía poseer en la Edad Media, desde la naturaleza divina hasta las más pequeñas menudencias, por ello dedica tres libros a la geografía: en dos describe las características de la tierra y de las aguas, en el otro ofrece una lista más o menos alfabética de regiones y provincias. Como todos sus antecesores, Bartolomé toma prestado buena parte de sus conocimientos geográficos de autores clásicos o medievales, pero no se limita a copiar sino que añade, en muchos casos, la descripción actualizada de sitios que conoce o de los que ha oído hablar. En resumen, es una obra de breve información pero, en general, exacta, que tuvo gran popularidad en su época. Contemporáneo de éste es el dominico vinculado a la corte de Luis IX VICENTE DE BEAUVAIS (1190-1264), quien llevó a cabo una vasta compilación que contenía todos los conocimientos de la humanidad y se dividía en cuatro partes: *Speculum doctrinale* (tratado sobre ciencia), *Speculum morale* (curso de teología y moral), *Speculum historiale* (crónica mundial desde los orígenes hasta 1245) y, la que más nos interesa, un *Speculum naturale*, más propiamente geográfica, pues trata sobre la situación de los lugares, la cosmografía, los viajes, etc. Conformó su obra a partir de Aristóteles, Solino, Séneca y Ptolomeo, sin olvidar a Isidoro de Sevilla, Orosio y, en especial, Plinio. Así es, si bien Vicente de Beauvais intentó emular a Plinio, es indudable que, aun conteniendo mucha más información, más moderna y mejor seleccionada, no superó la aureola y el prestigio de la historia pliniana. Poco tiempo después, en lengua vulgar (luego se tradujo al latín) se escribió, en tres libros, el *Livre du Trésor*⁴⁷ de BRUNETO LATINI, cuya primera parte es una especie de enciclopedia cosmográfica con datos esencialmente extraídos de Solino. Con el título de *Esfera* fue redactado por JUAN DE SACROBOSCO hacia el 1230 en París un compendio de los conocimientos astronómicos y cosmográficos de la Antigüedad; esta obra fue el primer tratado de astronomía impreso, además de ampliamente traducido a otras lenguas. No queremos, al menos, dejar de mencionar escritos que siguen la línea de los anteriores como la *Opus maius*⁴⁸ de ROGER BACON (ca. 1210-1294) o el *Polychronicon* de RANULFO DE HIGDEN (1299-1365), en donde, por ejemplo, se destaca lo improductivo e inhabitable que resulta la isla de Tule⁴⁹. En relación con estas islas del norte, GERARDO

⁴⁶ Cf. la edición de SEYMOUR, M.C., *On the Properties of Things, John Trevisa's Translation of Bartholomaeus Anglicus «De proprietatibus rerum»: A Critical Text*, Oxford, 1975 y RIBEMONT, B., «Tradition antique et Mirabilia dans le livre XVII du *De proprietatibus rerum* de Barthélemy l'Anglais (XIII^{ème} siècle)», *Euphrosyne* XIX (1991), pp. 335-354.

⁴⁷ Cf. CARMODY, F.J., *Li Livres dou Tresor de Brunetto Latini*, university of California Press, Berkeley-Los Angeles 1948.

⁴⁸ Cf. ROGERIUS BACONENSIS, *Opus maius*, ed. Bridges, J.H., Londres 1900.

⁴⁹ Cf. *Polych.*, I, 31, t. I, p. 324 Babington, *Rerum Britannicarum Medii Aevi Scriptores*, Londres 1865.



DE GALES (s.XII) en su *Topographia Hibernica* (2,4) y la *Navigatio Sancti Brendani*⁵⁰ (s. IX) recogen muchas noticias sobre islas sagradas localizadas en el extremo septentrional del mundo. Ponemos fin a este parágrafo de literatura medieval hablando de un personaje que escribió poco más o menos en los años en que se comenzaron a componer los primeros islarios: PIERRE D'AILLY (1350-1420). Su obra abarca 170 títulos (sermones, disertaciones, poesías, etc.), pero nosotros queremos prestar una atención especial a su *Imago mundi*⁵¹, con la que d'Ailly pretendía dotar a los estudiantes europeos —no olvidemos que fue profesor en la Universidad de París, la más prestigiosa de la época— de conocimientos de Geografía, Cosmografía y Astrología. En este escrito desfilan noticias de Plinio, Solino, Ptolomeo, Orosio o Isidoro de Sevilla, de científicos medievales como Sacrobosco o Roger Bacon, de sabios árabes como Averroes o Alfragano, y muchos otros. Concretamente, dispone nueve capítulos a las islas, de esta guisa:

- cap. 40. Las islas occidentales del océano (Britania, Órcades, Tule, etc.)
- cap. 41. Islas occidentales del océano (Gades, Afortunadas, Górgades, etc.)
- cap. 42. La isla Tapróbana de la India en concreto
- cap. 43. Islas del mar Mediterráneo (Chipre, Creta, Ábidos, Cos)
- cap. 44. Las islas Cíclades (Delos, Rodas, Ténedos, Citera, Icaria, etc.)
- cap. 45. Sicilia e islas vecinas
- cap. 46. Cerdeña y Córcega
- cap. 47. Islas de Marsella y de Hispania (Estéjades, Baleares, Ebuso, etc.)
- cap. 48. Islas menores y menos famosas (es un curioso apartado sobre islitas poco conocidas que, según afirma el propio autor, «han sido recordadas por algunos autores modernos»).

⁵⁰ Cf. para Gerardo de Gales, la ed. de DIMOCK, J.F., *Giraldi Cambrensis Opera*, Londres 1867; para la *Navigatio*, la ed. de SELMER, C., Indiana 1959 (reimp. Dublín 1989; en concreto, los caps. 6 y 7; 28, 12 ss. y 33-34).

⁵¹ Cf. RAMÍREZ DE VERGER, A., *Pierre d'Ailly. Ymago mundi y otros opúsculos*, Biblioteca de Colón II, Alianza Editorial, Madrid 1992; MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, M., «Ailly, Pierre d'», en la *Gran Enciclopedia Canaria*, vol. 1, Santa Cruz de Tenerife 1994, pp. 158-159.

4. En este último apartado llevaremos a cabo una sucinta relación de las obras de género propiamente insular que vieron la luz entre los siglos XIV y XVIII, a raíz de las descripciones de islas de los enciclopedistas medievales, y que escritas en lenguas romances, aunque también en latín, se conocen con el nombre italiano de *Isolarii* (*Islarios* en español), esto es, una especie de Enciclopedia Universal Insular⁵². En primer lugar situamos el *De insulis et earum proprietatibus* de DOMENICO SILVESTRI (1335-1411) que, según nuestra opinión, es el primer modelo de islario del que tenemos constancia. Esta enciclopedia insular está compuesta por más de 900 entradas, organizadas en orden alfabético, en la que se manejan gran cantidad y variedad de fuentes (desde los textos grecolatinos hasta los más contemporáneos) y muchísimas noticias atractivas de carácter geográfico, histórico, arqueológico, moral, fantástico, mitológico y alegórico⁵³. Entre esta obra y la *Fons memorabilium universi* de su amigo y contemporáneo DOMENICO BANDINI DE AREZZO (1335-1418), se ha descubierto que hubo recíproca influencia, sin olvidar que uno de sus libros está dedicado casi por completo a las islas. Posteriormente, hacia 1420, compuso CRISTOFORO BUONDELMONTI su *Liber insularum Archipelagi*⁵⁴, en el que apreciamos, acompañando al texto, una serie de bellísimos mapas a color de cada isla. Se considera el prototipo de los que le siguieron, como el islario⁵⁵ del veneciano BARTOLOMEO DA LI SONETI, de 1485, que al parecer fue el primero que vio la imprenta, o el *Liber nelqual si ragiona de tutte l'Isole del mondo* de BENEDETTO BORDONE⁵⁶, que vio la luz en la Venecia de 1528. NICOLÒ SCILLACIO, profesor en Pavía, escribió en 1493, después de tener conocimiento de las primeras noticias del descubrimiento de nuevas tierras en Occidente gracias a la edición latina del primer relato de Colón realizada por Leandro de Cosco, se decide a escribir un libro titulado *De insulis Meridiani atque Indici maris super inventis*⁵⁷, en donde las islas son las protagonistas de la obra en la que se entremezclan las nuevas informaciones con las de los clásicos. En espa-

⁵² Para este tipo de obras, vid. GUGLIELMINETTI, M., «Per un sottogenere della letteratura di viaggio: gl' isolari fra quattro e cinquecento», en *La letteratura di viaggio dal Medioevo al Rinascimento: Generi e problemi*, Alessandria 1989, pp. 107-117; CASSI, L.-DEI, A., «Le esplorazioni vicine: geografia e letteratura negli Isolarii», *Rivista geografica italiana* C, 1993, pp. 205-247.

⁵³ Vid. la ed. de PECORARO, C., *Domenico Silvestri. De insulis et earum proprietatibus*, Atti della Accademia di Scienze, Lettere et Arti di Palermo, ser. cuarta, XIV, parte seconda: Lettere, fasc. II, Palermo 1954; también puede ojearse nuestra reciente Tesis doctoral, MONTESDEOCA MEDINA, J.M., *Los islarios de la época del Humanismo: el De insulis de Domenico Silvestri. Edición y traducción*, Tesis doctoral inédita, Universidad de La Laguna 2000.

⁵⁴ En la Biblioteca Nacional de Madrid puede verse una copia (Mss.18. 246). Cf. *Description des Îles de l'Archipel grec* (traducc. al griego y francés de la obra de Buondelmonti), s.e., 1974.

⁵⁵ Cf. DONATTINI, Massimo, «Bartolomeo da li Soneti, il suo «Islario» e un viaggio di Giovanni Bembo (1525-1530)», *Geographia Antiqua* 3-4 (1994-1995), pp. 221-236.

⁵⁶ ALMAGIA, R., «Intorno alle carte e figurazioni annesse all' *Islario* di B. Bordone», *Maso Finiguerra*, II, 1937, 180, 1.

⁵⁷ Cf. SOLIMANO, G., «Il *De insulis* di Nicolò Scillacio», *Columbeis*, IV (1990), pp. 43-119, con el original y una traducción latina; también de la misma autora «Cultura umanistica e scoperta colombiana nel *De insulis nuper inventis* de Nicolò Scillacio», *Columbeis*, III (1988), pp. 39-63.



ñol, apareció en torno a 1539 el *Islario General*⁵⁸ de ALONSO DE SANTA CRUZ, mientras que en francés poseemos la obra *Le Grand Insulaire* del cosmógrafo ANDRÉ THEVET escrita en sus últimos años de vida (ca.1592). Algún estudioso ha dicho de este islario que «el cómputo resultante es un buen exponente del conocimiento europeo de las islas»⁵⁹. En 1576 encontramos en Venecia el manual de Tommaso Porcacchi *L'Isole piu famose del Mondo*⁶⁰, tal vez el que logró mayor fama en su tiempo. A fines del siglo XVII aparecen otros dos célebres islarios: el *De maioribus oceani insulis earumque origine brevis disquisitio* (1691, en Nuremberg) de J. WÜLFER, y el *Islario dell'Atlante Veneto*, en 1697, de V.M. CORONELLI. Refiriéndose exclusivamente a las islas de ámbito portugués, ya entrado el siglo XVIII, el jesuita ANTONIO CORDEYRO publicó en Lisboa su *Historia insulana* (1717). Paralelamente a este tipo de obras, no dejan de aparecer tratados de geografía y cosmología que continúan y modernizan, en muchos casos, las noticias y los datos de los enciclopedistas anteriores⁶¹. Vivo ejemplo de este quehacer es la *Historia rerum ubique gestarum* de ENEAS SILVIO PICCOLOMINI (1405-1464), que luego será Papa bajo el nombre de Pío II. Hombre muy instruido que, utilizando sobre todo a Estrabón y a Pierre d'Ailly, intentó una síntesis de la geografía moderna y la de los antiguos⁶². Más vinculadas a la leyenda que a las ciencias, y quizá por eso de extraordinaria difusión, hallamos *La Salade* de ANTOINE DE LA SALLE⁶³ de hacia 1440, que sirvió como libro de instrucción del hijo del rey René d'Anjou, o la *Margarita Philosophica* de GEORGE REISCH, elaborada en torno a 1496. Por último, resaltamos la personalidad de SEBASTIÁN MÜNSTER (1489-1552), también llamado «el Estrabón alemán», quien publicó en alemán en 1544 su *Cosmographia* (traducida al latín en 1550)⁶⁴. Esta obra se considera la culminación del género descriptivo, un trabajo que se distingue ante todo por la descripción de la unión o ensamblaje de los continentes; de los seis libros, el primero se dedica a las generalidades, los tres siguientes a Europa, el quinto a Asia y, finalmente, el sexto al Nuevo Mundo. Precursores inmediatos de Münster son el portugués DUARTE PACHECO PEREIRA y su *Esmeraldo de Situ Orbis* (1508) y, principalmente, el español MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO, tenido a menudo por el primer gran geógrafo moderno gracias a su *Suma de Geografía* (1519), una de las primeras

⁵⁸ Cf. CUESTA DOMINGO, M., *Alonso de Santa Cruz y su obra cosmográfica*, Madrid 1983.

⁵⁹ Cf. AZNAR VALLEJO, E., «El capítulo de Canarias en el islario de André Thevet», *VI Coloquio de Historia Canario-Americana*, II, 2, Las Palmas de Gran Canaria, 1988, pp. 828-862; cf. también LESTRINGANT, F., «Observations et singularités à la Renaissance: le savoir et ses Îles», *Lalies*, 2 (1983), pp. 141-159.

⁶⁰ PORCACCHI, T., *L'Isole più famose del mondo*, S. Galignani -G.Porro, 1572.

⁶¹ Para todas las obras citadas a continuación y como visión general de la geografía en la época, cf. BROU, N., *La géographie de la Renaissance, 1420-1620*, CTHS, París 1986.

⁶² Cf. CASELLA, N., «Pío II tra la geografia e la storia. La Cosmographia», en *Archivio della Società Romana di Storia Patria*, ser. III, XIV (1972), pp. 35-112.

⁶³ Cf. SALLE, Antoine de la, *Oeuvres complètes*. Tome I: *La Salade*, ed. a cargo de F. Desonay, Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Lieja, Lieja 1935.

⁶⁴ Cf. GALLOIS, L., *Les géographes allemands de la Renaissance*, París 1890.

en mencionar América y sus islas⁶⁵. Por otro lado, ni que decir tiene que todas estas exposiciones geográficas o cosmológicas antedichas conceden de manera casi sistemática un espacio al fenómeno insular.

Como al comienzo se ha dicho y a lo largo de la exposición se ha podido comprobar, no ha sido ni mucho menos nuestra intención agotar el tema que, por otro lado, está falto de estudios parciales y pormenorizados. La isla, criatura de múltiples rostros, mítico o real, histórico o ficticio, filosófico o utópico, simbólico o puramente geográfico, y tantos otros, pide a gritos que la saquen del ostracismo al que ha sido relegada con el paso de los siglos. Ella, que ha sido cuna y tumba de dioses y héroes, morada de mitos y leyendas, escenario de grandes acontecimientos, refugio de todo tipo de seres, requiere ahora una mano amiga que la rescate del olvido. Estas líneas han pretendido ser, sencillamente, esa mano.



⁶⁵ Cf. MELÓN, A., «La geografía de M. Fernández de Enciso» en *Est. Geo.*, 1950, pp. 29-43.